

LOS MAESTROS Y SUS LLAMADOS

Desde que el hombre apareció sobre la Tierra existe ya una jerarquía de Seres elevados procedentes de otros mundos, en los cuales evolucionaron del mismo modo que actualmente lo hacemos nosotros aquí. En estos mundos, que ahora ya no existen, o mejor dicho, que se han resuelto en polvo cósmico, estos elevados Seres animaron formas humanas iguales o parecidas a las que en este momento animamos nosotros, en tanto que nosotros en aquellos remotos días animábamos quizá formas animales. Ahora estos grandes Séres ya no pueden ser considerados como hombres, puesto que han trascendido tanto a la humanidad como a los séres humanos hemos trascendido al reino animal.

La misión de estos elevados Seres al descender en este planeta fue, y continúa siendo, la de servir de Directores a la raza humana, pues ésta no es todavía bastante apta para gobernarse por sí misma, y así, cuando las necesidades de nuestra evolución lo exigen, se hacen visibles ante nosotros, tomando cuerpos que lo mismo pueden tener el origen que tiene los nuestros, como pueden proceder de creaciones que los hombres ordinarios ignoramos, pero que Ellos conocen a la perfección, de suerte, que parra mezclarse entre los hombres y enseñarles el camino que Ellos mismos han pisado en remotas edades, no necesitan pasar por los trámites que son indispensables a la formación de un cuerpo humano ordinario.

A los que no hemos trascendido ciertos límites, no nos es posible distinguir entre un cuerpo formado por los medios ordinarios que conocemos, o, mejor dicho, que casi desconocemos (pue4sto que únicamente percibimos sus últimos resultados sin comprender ni poder ver las fuerzas que a su formación concurren) y otro cuerpo producido por la creaciones que hemos mencionado. Pero aquellos que a fuerza de trabajo é incesantes estudios han conseguido rebasar los límites a que aludimos, éstos perciben claramente la diferencia que existe entre dos cuerpos al parecer iguales, pero cuya procedencia y constitución difieren por completo. Los séres humanos debemos forzosamente habitar en cuerpos humanos; pero Aquellos que se han elevado por encima de la humanidad, pueden habitar y habitan en cuerpos angélicos o cuerpos de los dioses, esto sin perjuicio de tomar un cuerpo verdaderamente humano cuando así lo reclaman las necesidades de nuestra evolución y progreso, a los cuales Ellos atienden, pues tal es la labor que les está encomendada por la Ley, labor aceptada por Ellos voluntariamente, por cuyo motivo constituye un sacrificio voluntario, el más noble y más grande que la mente humana puede imaginar, porque Ellos perciben nuestras miserias. Ellos leen en nuestros corazones mejor que en un libro abierto, y ven nuestras malas intensiones, nuestra falta de veracidad, nuestros odios y deseos de venganza, y ven, en fin, todo el cúmulo de pasiones que nos degradan y estorban nuestro progreso; y todo esto que Ellos lo ven y les causa tristeza y profunda melancolía, podían haberlo trocado por los para nosotros inconcebibles goces del Nirvana. Para pasar al Nirvana y dejar tras sí el triste espectáculo que los hombres ofrecemos a sus ojos, hubiese bastado con que lo hubiesen querido. Nada ni nadie podía impedirselo, por que lo conquistaron con sus esfuerzos; y, sin embargo, por amor y caridad hacia nosotros, los pequeñuelos, renunciaron a esta dicha y felicidad inmensas. Este es el gran sacrificio. Es como si un hombre pudiendo vivir en la mayor opulencia y felicidad imaginables se conformase, por amor a sus semejantes, en vegetar en la mayor penuria, estrechez y miseria, pues miseria es para Ellos el estar en contacto con nosotros y tener que soportar nuestras debilidades.

Según nos enseña la Teosofía, estos Maestros y Guías de la humanidad eran conocidos antiguamente de un número mucho mayor de hombres de lo que son actualmente. En aquellos tiempos, que no pertenecen a nuestra *diminuta* historia, estos Maestros eran conocidos hasta por una parte del vulgo, quien les guardaba el respeto y consideraciones que les eran debidos. Pero llegó la Edad Negra, la Edad de Hierro, y su deletérea influencia los arrojó lejos de una civilización que se iba corrompiendo gradualmente, hasta que desaparecieron de la memoria del común de los hombres, y soñó unos pocos elegidos conservaron y transmitieron de generación en generación el recuerdo de Ellos y de lo que no habían abandonado ni abandonarían jamás a la pobre e ignorante a la par que desagradecida humanidad. No, estos Maestros no nos han abandonado, La raza humana jamás a carecido de Guías y directores que realmente SABEN, que comprenden a la perfección las leyes que gobiernan el mundo que actualmente nos sirven de morada, siendo, por tanto, los únicos que tiene el cargo de dirigir y gobernar de acuerdo con el karma que contantemente elaboramos los hombres con nuestros actos y pensamientos.

A medida que transcurren los siglos y la humanidad se vaya espiritualizando gradualmente, estos Maestros se darán a conocer a un número cada vez mayor de hombres, de suerte que cuando lleguen estos felices tiempos volverán a ser conocidos en mayor escala que lo fueron antes de la Edad Negra. Las Leyes de la Naturaleza consisten en una serie de sucesos encaminados al mejoramiento de los seres que son objeto de ellos, los cuales se repiten constantemente en proporciones cada vez más amplias y comprensibles, de manera que un suceso que ayer alcanzó una gradación comprensiva de cuatro, pongamos por ejemplo, hoy alcanza una de cinco y mañana alcanza una de seis, y así sucesivamente hasta que los seres han obtenido toda la suma de conocimientos de que es susceptible el período evolutivo en que se halla progresando. El que estos Maestros sean conocidos del común de los hombres depende de los esfuerzos que haga la raza para alcanzar un nivel Espiritual más elevado que el presente. Ellos no pueden descender hasta nosotros, sino que nosotros debemos elevarnos hasta ser dignos de alternar con Ellos.

Cuando la raza humana haya alcanzado un determinado progreso, entonces surgirán de su seno maestros que serán aptos para dirigirla, en cuyos tiempos lejanos aún a nuestro modo de ver nuestros actuales Maestros nos dirigirán, porque ya no será indispensable su presencia para dirigir y estimular nuestra evolución. Sólo cuando hayan surgido directores de entre nosotros no tendremos necesidad de tenerlos de otras evoluciones que precedieron a la nuestra.

Ahora bien; nuestros actuales maestros necesitan de un determinado número de egos humanos que les ayuden y secunden para llevar a cabo la misión que les está encomendada, y estos egos son llamados; son los egos que en pasadas encarnaciones, trabajaron, con mayor o menor esfuerzo, para difundir entre sus hermanos las verdades inmutables de la Naturaleza que la sociedad Teosófica presenta una vez más, pero con mucha mayor extensión y la amplitud, a los ojos de los hombres. Entre otros objetos, la Sociedad Teosófica, presenta una vez más, pero con mucha mayor extensión y amplitud, a los ojos de los hombres. Entre otros objetos, la Sociedad Teosófica fue fundada para reunir en un apretado haz a los llamados, y a ella han acudido un buen un buen número de los mismos. Sin embargo es muy probable que no todos los llamados sean escogidos, pues como dice la sentencia, “muchos son los llamados y pocos los escogidos”, a pesar de lo cual somos de opinión que en el seno de nuestra Sociedad existente en un número nada despreciable de individuos que pertenecen a la categoría de los escogidos. La virtualidad de las enseñanzas teosóficas ha penetrado

de una manera tal, y ha hecho tan profunda mella en el espíritu de muchos Teosofistas, que ha originado en ellos una renovación y una transformación en su modo de ser y sentir, de suerte que han llegado a comprender por modo vivido y convincente, y se han convertido en verdaderos apóstoles de la Verdad y en verdaderos servidores de la humanidad. Hay cosas en la vida del hombre que aún cuando no podamos comprobarlas con nuestros sentidos físicos, las percibimos de una manera tan real y efectiva con nuestros sentidos internos, que no dejan lugar a la menor duda. En nuestro fuero interno existe una conciencia que analiza y percibe las cosas que pertenecen al orden espiritual o metafísico, y ella es quién nos da la seguridad de la existencia de las cosas, con tanta precisión y exactitud como nuestros sentidos físicos nos la da del plano físico. Pero así como para ver los objetos materiales es necesario tener los ojos abiertos y que la luz material nos circunde, de la propia suerte es necesario para percibir las cosas espirituales, del mismo modo el ciego espiritual no puede percibir las cosas espirituales. La comparación es exactísima.

Durante los treinta y tres años que la Sociedad Teosófica cuenta de existencia, ha conseguido, por medio de la libertad, alteza de miras, pureza y grandeza de sus doctrinas, atraer a un gran número de hombres y mujeres que vegetaban dentro del más desconsolador escepticismo, y a otros que, procedentes de diversos campos religiosos, han comprendido que la Teosofía abarcaba no sólo lo bueno que encontraba en sus respectivos credos, sino muchísimos más. Todas estas personas (salvo raras excepciones), tenían abierta, en mayor o menor grado, la conciencia interna que da acceso a los planos metafísicos y permite el análisis y comprensión de las cosas espirituales, y al ingresar en la Sociedad Teosófica han dado otro paso progresivo que les ha permitido una mayor comprensión del verdadero objetivo de la vida, no de esta raquítica vida física, sino de la vida real que sólo puede vivirse en los planos superiores o suprafísicos del ser. Hemos hablado de excepciones por que en todos los procesos que constituye la evolución del ser las ha habido, las hay y las habrá eternamente, y la Sociedad Teosófica no podía escapar a esta ley general. Sin embargo, aún estas excepciones nada habrán perdido al ponerse en contacto con la Sociedad Teosófica, puesto que si hoy la han servido de estorbo y a la vez de acicate, mañana este mismo contacto les será provechoso, porque les ayudará a emplear mejor sus fuerzas en lo sucesivo.

Todos los ingresados en la Sociedad Teosófica hemos sido llamados, pero ¿tenemos la seguridad de que pertenecemos al número de los escogidos?, este es el problema, este es el punto capital; el punto más transcendental y que más debe interesarnos, por que en él está cimentada nuestra futura felicidad, la cual se halla tanto más cerca de nosotros cuanto menos es la distancia que nos separa de los Maestros. De entre los escogidos se reclutan los chelas aceptados, de modo que dichos chelas son los escogidos de los escogidos. Así, lo primero que debemos hacer, si realmente queremos vivir la verdadera vida, es trabajar para que nos sea dable podernos contar entre el número de los escogidos, y una vez llegados a este punto, podemos aspirar a presentarnos como candidatos a chelas aceptados, que es la mayor felicidad a la cual por ahora nos es posible aspirar. Ser chela aceptado, es recibir instrucciones directas de los Maestros, no precisamente de los Maestros que son conocidos como los fundadores de la Sociedad Teosófica, sino de cualquier otro Maestro que sea dignos de este nombre. Aquellos a quienes damos el nombre de Maestros constituye una numerosa jerarquía cuyos poderes y sabiduría se extienden desde el supra-humano hasta lo supra-angélico o dévico. Para la mayoría de nosotros, pobres seres humanos que aún nos agitamos entre el tumulto de los apetitos y pasiones mundanales, el poder recibir instrucciones directas, aún cuando solo sea de uno de los menos elevados de estos Séres, constituye una felicidad

que no puede ser comparada con nada de cuanto sobre la tierra excita el deseo y la ambición de los hombres, aunque esta ambición y sedeo se dirijan hacia la consecución de aquella legítima gloria que el hombre puede alcanzar sobresaliendo en las artes, en las ciencias, en la política o en cualquier otro aspecto de la actividad humana. Aquí bajo todo es efímero y transitorio. La gloria y los honores mundanos alcanzados con grandísimos esfuerzo, y a veces hasta conde trímetero de nuestra salud física y moral, se desvanecen como columna de humo que el viento aparece por doquier, al paso que el afortunado mortal que consigue ponerse al contacto directo con los Maestros, recibe un conocimiento que le permite remontarse a los mundos de las causas en vez de hallarse limitado, como le sucede al hombre ordinario, al mundo de los efectos; y entonces principia a vivir una vida mucho más amplia que le hace apto para distinguir entre lo que es real y lo que es ilusorio, entre aquello que no puede perderse y lo que debe perder sin remedio.

Hablamos de contacto directo y de instrucciones directas recibidas de Maestros, y con ello queremos dar a entender que la persona que se halla en este caso es un chela aceptado, el cual es muy distinto de chela laico. Este último puede recibir instrucciones de los Maestros, pero ellas no rebasarán ciertos límites; no harán más que rozar la superficie de la verdad sin velo reservada al primero, quien recibe aquellas instrucciones que nunca han sido escritas y que siempre han sido transmitidas verbalmente. Con esto se podrá apreciar la gran importancia que para el ser humano tiene el llegar a ser un chela aceptado y las virtudes que debe atesorar para conseguirlo. Se trata de confiarle secretos que le pertenecen al mundo de las causas, secretos que lo mismo pueden matarle que darle la vida; y esto no puede hacerse sin tener una absoluta confianza en la moralidad, prudencia y capacidad de candidato.

El Maestro toma al chela bajo su amparo y protección con el objeto de hacerle igual a sí mismo, y le enseña a andar por el sendero que él a pisado ya; y en esta nobilísima labor, ambos ascienden en la infinita escala del progreso: primero, remontándose hacia alturas inaccesibles al pensamiento humano, y el segundo, marchando en demanda del lugar que ocupa su Maestro. No hay para qué decir que esta tarea es la obra más colosal, difícil y beneficiosa que el hombre puede emprender, y que para realizarla se necesitan decenas o quizá centenares de encarnaciones consagradas al mismo objetivo. Sin embargo, creemos que el número de encarnaciones dirigidas a este fin puede ser reducido a una porción relativamente corta. Todo depende el entusiasmo, energía y sinceridad de que nos halleemos animados al emprender tan gloriosa como difícil empresa. El número de encarnaciones que para ello necesitamos no debe amilanarnos. El tiempo no es más que una ilusión. Si otros han conseguido escalar esas alturas (y de esto no debe cabernos la menor duda), nosotros, que poseemos las mismas fuerzas y los mismos elementos que ellos, podemos, si tal es nuestra firme voluntad, escalarlas también.

Toda empresa requiere un principio y una base. El principio debe tener su origen en nuestro QUERER, y la base consiste en hacer cuantos esfuerzos nos sean posibles para obrar siempre de acuerdo con las leyes de la Naturaleza. Hemos de principiar por *querer ser de verdad* del número de los escogidos, y para ellos es indispensable que analicemos nuestros pensamientos y acciones imparcialmente, y aquí se presenta nuestra primera dificultad. Si el hombre consiguiese ser imparcial en el verdadero y recto sentido que esta palabra encierra, con ello establecería la base que paulatinamente le colocaría entre las filas de los escogidos; pero esto, que a primera vista parece tan sencillo, es una cosa bastante difícil en nuestro actual estado de desarrollo.

Todo el mundo repite hasta la saciedad: “Yo soy imparcial, yo obro siempre con entera independencia e imparcialidad.” ¡Ah, si esto fuera verdad, de cuantas miserias y sufrimientos nos libraríamos los hombres! Desgraciadamente no es así en la mayor parte de los casos, y de aquí que continuemos sufriendo los sinsabores y amarguras que de nuestras transgresiones se derivan.

Sea como fuere, la imparcialidad, la alteza de miras y la veracidad, son condiciones indispensables para aquellos que pretenden penetrar dentro del círculo de los escogidos. Por este motivo dice Krishna a su discípulo Arjuna: “Procura estar exento de duplicidad” (Baghavat Gita), y en la *Voz del silencio* dice el Maestro: “pero, oh Lanú, sé limpio de corazón antes de emprender la jornada.” Con lo cual se da a entender por modo claro y explícito que si se carece de las condiciones antedichas es de todo punto inútil alimentar tales pretensiones. Más aún; puede suceder que uno haya conseguido penetrar dentro del recinto donde moran los escogidos y que, por haber violado tales condiciones, merezca ser arrojado de entre sus filas. Esta desgracia constituye una pérdida mucho mayor que la experimentada por el hombre que, ocupando una brillante posición social, se ve de pronto sumido en la pobreza y miseria, aún cuando pueda suceder que el desgraciado que en tal caso se halla, no se dé cuenta de ello. Las desgracias morales no las percibimos de momento como las materiales, aún cuando las primeras son sin comparación mucho más de lamentar que las segundas. Por supuesto, aquí sólo nos dirigimos a los Teosofistas y a los que tienen aspiraciones Espirituales, no a los escépticos e incrédulos, a quienes las precedentes palabras les harían probablemente sonreír. Aquellos que comprenden, saben que una desgracia moral afecta a nuestro verdadero “yo”, al paso que la pérdida de una fortuna constituye un dolor pasajero a la par que el pago de una deuda pasada.

Analicemos escrupulosa y detenidamente nuestros pensamientos, actos y palabras, y veamos si se hallan saturados de esta imparcialidad, alteza de miras y veracidad que son necesarias para tener una sólida base en donde nos sea dable asentar nuestras pretensiones, y si después de un severo examen vemos que en nuestro corazón se anida todavía algo que sea opuesto a estas virtudes, apresurémonos a arrojarlo lejos de nosotros, no sea que si hemos conseguido ser aceptados en el número de los escogidos, merezcamos ser lanzados de entre ellos, desgracia que para un Teosofista equivale a lo peor que le puede suceder, si es que realmente ha comprendido en qué consisten sus verdaderos intereses. No olvidemos que los Maestros pueden leer y leen en nuestros corazones, que a Ellos no podemos engañarles con respecto a nuestras verdaderas intenciones, pues saben mejor que nosotros mismos lo que somos y lo que pretendemos; pero aún cuando fuese posible que los Maestros se engañaran con respecto a nuestros propósitos, no se engañaría la Ley, la cual jamás se ha engañado ni se engañará. El engaño y la equivocación caben en todos los seres, por elevados que sean; pero en la Ley no puede haber ni equivocación alguna. El engaño y la equivocación caben en todos los seres porque, por elevados que sean, siempre y eternamente les quedará algo por aprender, y cuando tratan de comprender ese algo que les queda por aprender, que dicho sea de paso es lo INFINITO, pueden equivocarse y sin duda se equivocan. Sin embargo, los Maestros no se equivocan con respecto a nuestras intenciones, por que poseen un conocimiento que les permite ver con entera claridad en lo más recóndito de nuestro ser, y dominan esta materia a la perfección.

Resumiendo: si queremos contarnos entre el número de los escogidos, nuestro primordial interés debe consistir en presentarnos tales como somos, sin pretender ocultar nuestras

imperfecciones y debilidades, porque, en primer lugar, para corregirnos deben estas imperfecciones y debilidades presentarse a nuestros ojos en toda su fealdad y tales como son, y mal podremos librarnos de ellas si procurarnos ocultarnos a nuestro imparcial examen, cubriéndolas con el manto de una mal entendida benevolencia personal; y en segundo término, porque aquel que se esfuerza a ocultarse a si mismo sus debilidades, falta a la verdad y se engaña conscientemente así mismo, y el faltar a la verdad, sea en el terreno que fuere, es una de las causas que excluyen al hombre de entre la categoría de los escogidos. Pobre de espíritu y necio es aquel que se esfuerza en presentarse ante su propia conciencia por lo que ella misma le dice que no es. De espíritu recto y avisado es aquel que sabe ser justo y aún severo para consigo mismo y que no tiene contemplaciones para con sus imperfecciones, a las cuales considera como a sus únicos y mortales enemigos que procura combatir a sangre y fuego y con toda la energía y perseverancia que le permite su voluntad, la cual es la fuerza motriz que empuja la rueda de su progreso. Esforcémonos, pues, en dirigir nuestra voluntad hacia la adquisición de todo lo que nuestra imparcial conciencia nos diga ser bueno y beneficioso al progreso y bienestar de todos los seres sin excepción; no faltemos nunca a la verdad, lo mismo cuando debamos confesarnos esta verdad a nosotros mismos, como si se trata de exponerla clara y abiertamente ante los ojos del mundo entero, y así podremos alimentar la esperanza de que hemos sido admitidos siquiera sólo sea en la última fila de los escogidos.

JOSÉ GRANÉS